

Diario de una Traducción:
***The Corrections*, de Jonathan Franzen**

Ramón Buenaventura

Este texto puede hallarse también a partir de la dirección
http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/abril_04/29042004.htm

I

El libro se titula *The Corrections*. Su autor es Jonathan Franzen, nacido en Western Springs, Illinois, en 1959, y criado en Webster Groves, Missouri, para luego graduarse en el Swarthmore College y estudiar en la Freie Universität de Berlín con una beca Fulbright y trabajar en el laboratorio sismológico de la Universidad de Harvard. Antes de *The Corrections*, el señor Franzen había publicado —sin cobrar nombradía— *The Twenty-Seventh City* (1988) y *Strong Motion* (1992). Después de *The Corrections* hemos tenido ocasión de acceder a sus ensayos, recogidos bajo el título de *How to be Alone*.

The Corrections fue el primer gran éxito novelístico norteamericano del siglo XXI, no sólo por las encumbradas ventas de que logró coronarse, sino también, y sobre todo, por el ahervorado aplauso de las multitudes críticas, acaudilladas —para colmo de eficacia— por la impagable Oprah Winfrey (la Ms. Midas del mundo editorial estadounidense, cuya varita recomendadora —televisiva, además— trueca en bestséter o vendemás cualquier libro cuyo título roce con la puntita). Como culminación del proceso triunfal, *The Corrections* obtuvo el US Book Prize en noviembre de 2001.

Aquí convendría abrir una encuesta gremial, a ver qué opina la mayoría:

¿Es un libro de tales características un objeto de deseo para traductores?

No lo sé. No para mí, en principio. Cuando Seix-Barral me propuso que ofrendara los seis meses siguientes de mi vida a la tarea de poner en castellano un libro de 568 páginas de 2.450 matrices cada una, escrito por un muy señor mío de quien no había oído hablar en mi vida, y cuya traducción, además, quedaba sometida a CLÁUSULA DE APROBACIÓN POR EL AUTOR, dije lisa y llanamente que no.

II

Que no, por dos surtidos distintos de razones.

Primero, porque eran demasiadas páginas, y uno anda desde hace tres años gestando novela, y a uno le apetecía poquísimo meterse en tan prolongado empeño. Las traducciones largas acaban contaminando al traductor, empapándolo, rebalsándosele en los sesos, dejándole manchas de humedad por todas partes. No son buenas para un escritor. Yo he tenido la rolliza fortuna de traducir libros muy largos que me enseñaron muchísimo; pero soy consciente de que un escritor que también traduce está en la obligación —si algún respeto de su propia obra todavía le queda— de poner pie en pared y eludir el contacto íntimo con demasiados libros amenazadores para su entidad creativa.

Segundo, porque odio las cláusulas de aprobación por el autor. Mi experiencia, en ese sentido, es terrorífica. Ejemplo: cuando yo residía en despachos editoriales, una famosísima escritora neoyorquina —de muy perturbadoras iniciales— nos tuvo atascada una traducción durante semanas, enviándonos comentarios de 20 y 30 folios por capítulo y reclamando incluso que replanteáramos la tarea desde el principio, porque la versión que le proponíamos *no era aceptable desde ningún punto de vista*.

Luego, charlando con ella y tirándole de la lengua por teléfono, pude averiguar que el «punto de vista» aducido no era el de la propia autorísima (que, dicho sea de paso, no habla castellano), sino el del «superintendent» de su edificio, madrileño de nacimiento, residente en Nueva York desde hacía una larga ristra de años... En fin. Nada que alegar contra el ilustre gremio de porteros de finca, siempre, desde luego, que se atengan a su cancerbera labor (muy escorada al bricolaje, en EE UU) y no se metan en averiguaciones no calibradas a sus indiscutibles talentos.

III

Pero... La editorial encontró el modo de convencerme —en este mundo traidor y desleal no hay argumento más resolutorio que la amistad, aunque parezca mentira, con los siglos de cinismo que llevamos acumulados—, de manera que, sin mayores dilaciones, puse manos a la obra. *Empecé a poner* manos a la obra.

No había leído el libro. Sólo cuatro o cinco páginas —las primeras—, que me parecieron complicadas, pero no irritantemente difíciles. Supongo que no debemos considerar infrecuente el hecho de que un traductor emprenda la traducción de un texto sin haberlo leído antes. Unas veces, porque no ha habido tiempo; otras veces, porque bendito sea el trabajo, venga de donde venga y consista en lo que consista; y otras veces más, por... ¿Teoría personal? Convencido como estoy de que traducir es un acto recreativo (soy consciente del posible equívoco, pero déjenme dejarlo), creo que uno, cuando traduce obras cargadamente literarias, también puede emprender el proceso en igualdad de condiciones con el autor. Cuando Franzen escribió «THE MADNESS of an autumn prairie cold front coming through», primera frase del libro, quizá supiera ya cuál iba a ser la segunda, y la tercera, y la cuarta, más o menos, pero tuvo que crearlas, una por una, sacándolas del caos genésico en que se encuentran las palabras y las ideas antes de que alguien las exprese. Si el traductor crece con la obra, si va reescribiéndola según la lee (es decir: según el autor la fue creando —ya sé que el texto final de una obra puede no coincidir, de hecho no suele coincidir con el proceso creativo; pero a efectos prácticos, de traducción, ese pequeño detalle nos resulta indiferente), su capacidad de identificación con el texto puede reforzarse de modo casi mágico. TRADUCIR NO ES LEER. Traducir es convertirse en médium, dejarse ocupar la creatividad por otra persona, permitir que otro escritor escriba en nuestra lengua, con nuestra capacidad lingüística, lo que ya tiene escrito en la suya. Hay un acto de posesión que puede gustarnos o no (a mí no me entusiasma, porque me pesa demasiado el componente «escritor»), pero que en ciertos trabajos se me antoja indispensable. Qué le vamos a hacer.

IV

Una vez puesto en marcha el proceso de absorción del texto ajeno, para en seguida identificarnos con él hasta el punto de ser capaces de escribirlo en otra lengua, gran parte de lo que ocurre es inconsciente o intuitivo, pero otra parte es puro trabajo, metódico y rutinario. Cinco, seis, siete horas diarias de tajo, con el original delante —sujeto al atril, entre el teclado y la pantalla del monitor—, con los diccionarios a mano, con el acceso a internet en guardia permanente. En seguida me di cuenta de que *The Corrections* iba a obligarme a efectuar cientos de consultas, porque era un libro *exótico*, un libro en que se nos describe una sociedad norteamericana que apenas concebimos en Europa (quizá porque no nos interesa ni nos gusta, pero ése es otro tema), en un entorno repleto de detalles que estamos hartos de ver en el cine, pero que no tenemos costumbre de describir con palabras, o que nos reclama el uso de términos inexistentes en nuestra cultura. Rogué, pues, de la editorial, un privilegio que recomiendo a todos los traductores: que me consiguieran el texto inglés en archivo informático. Teniéndolo abierto, me bastaba con «cortar y pegar» para pasar las consultas a los buscadores o las palabras a los diccionarios virtuales, en disco o en página web. Era la primera vez que trabajaba así, y me encantó el sistema. Lamentablemente, la editorial española no suele disponer de los textos originales en archivo informático, ni los agentes literarios tampoco; y no queda más remedio que encargarlos a la editorial original, que seguramente facturará el servicio. En la próxima entrega repasaremos las ventajas de esta inversión.

Hablábamos de la bendición práctica que supone para el traductor el hecho de que la editorial le facilite en archivo informático el texto a traducir. Mencionábamos la mayor o menor automatización de las consultas —dependiendo del *software* con que trabaje cada cual—. Añadiremos ahora lo más importante, al menos para mí: la posibilidad de localizar en unos segundos cualquier fragmento del original. Todo traductor tropieza, tarde o temprano, con una palabra o una frase que ya ha traducido antes, en el mismo texto, y que ahora debe traducir igual. Si podemos localizar inmediatamente las apariciones de la palabra o frase en el original, encontrarla en nuestra traducción será, también, cuestión de un pequeño plisplás: nada comparable con el esfuerzo de memoria e instinto buscador, a veces fastidiosísimo, que es necesario invertir en estas búsquedas cuando hay que hacerlas en el libro o, peor aún, en las fotocopias con que trabajemos... Otra ventaja evidente es la posibilidad de copiar párrafos originales especialmente complicados —de esos que obligan a trasladar la vista de la pantalla al papel y del papel a la pantalla varias veces por segundo— e insertarlos en nuestra traducción en marcha, para irlos pasando poco a poco al castellano. Y, por último, también existe, para los más técnicos, la opción de trabajar a dos pantallas (español/original) que permiten ciertos sistemas operativos.

Se trata, en suma, de un *favor* que las editoriales deberían hacernos a los traductores siempre que nos enfrentaran a un texto lo suficientemente importante como para justificar el gasto adicional (que tampoco es de miles de dólares, no exageremos). Lo cierto es que los traductores, en los últimos veinte años, hemos ahorrado muchísimo dinero a las editoriales, porque les servimos el texto ya picado, ya listo para maquetación, a falta de las inevitables —e imprescindibles— correcciones de pruebas. Y las editoriales se han limitado a absorber la ventaja, como los buenos fajadores absorben un *uppercut* en la mandíbula, sin pestañear. No estaría de más que nos devolvieran parte del favor facilitándonos el trabajo con elementos adicionales como el que aquí nos ocupa.

VI

Lo anterior me invita a abrir otra disquisición, no del todo inútil (esperemos). Conviene que ustedes sepan —para mejor comprensión de lo que luego vendrá— con qué herramientas me enfrenté a *The Corrections*:

* Equipo informático: Intel 4 a 1,7, con 512 megas de RAM, disco duro de 80 gigas; conexión ADSL.

* *Software*: Windows XP Professional, Word 2002, dentro de la Suite Office XP. iExplorer 6. Mozilla. Opera.

[Esta combinación es excesiva para los fines de un traductor, incluso para los de un escritor tan caprichoso en los formatos como quien estas líneas firma. Lo que pasa es que uno se dedica también a otras cosas relacionadas con la informática.]

* Diccionarios:

- *The Compact Edition of the Oxford English Dictionary*.

- *Shorter Oxford English Dictionary*.

- *Diccionario Oxford Inglés-Español, Español-Inglés*.

- *Merriam Webster On Line*: www.m-w.com/

- Acronym Finder: www.acronymfinder.com/.

- Dictionary.com: dictionary.reference.com/.

- Idiom Site: www.idiomsite.com/.

- Lincoln University, Nueva Zelanda:

www.lincoln.ac.nz/libr/genref.htm

- Whatis.com: whatis.techtarget.com/

- Investopedia.com: www.investopedia.com/dictionary/

- Yourdictionary.com: www.yourdictionary.com/

- The American Heritage Dictionary:

www.bartleby.com/61/

- La página del español:

www.el-castellano.com/diccions.html (importantísima para la localización de glosarios especializados).

- Eurodicautom: europa.eu.int/eurodicautom/

- One Look Dictionary Search: public.onelook.com/

- Vocabulario de Cocina:

cocina.virtualave.net/glosario/vocabu.html (imprescindible en *The Corrections*).

- Todo trenes. Diccionario:

www.todotrenes.com/Diccionario/ (también imprescindible en *The Corrections*, cuyo personaje principal es un técnico de ferrocarriles en pleno padecimiento de su jubilación).

- Diez o quince diccionarios especializados más, todos ellos virtuales: golf, financiero, médico, marinero, musical... El original cubre una gama de intereses y conocimientos verdaderamente am-

plia y bien investigada por el autor.

- Y, por supuesto, los buscadores, entre los cuales destaca ahora, por su fiabilidad, rapidez y eficacia el que todos sabemos, es decir Google (www.google.com/).

Conviene añadir que, en mi experiencia, el material en línea hace hoy en día casi completamente prescindible todo el aparato de referencia que uno ha ido reuniendo con los años. No es cosa de presentarles a ustedes una lista, pero creo disponer de un material de consulta verdaderamente envidiable, en cuatro idiomas principales. Pero a) Varios de estos textos están ya disponibles en versión virtual; b) Con un poco de malicia y un mucho de experiencia, no hay casi nada que no pueda encontrarse en internet. De modo que mis libros gozan, ahora, de una muy regalada existencia de *dolce farniente*.

VII

Cuando me faltaban unas cien páginas para terminar la traducción de *The Corrections*, la editora española me empezó a enviar copia de las respuestas de Jonathan Franzen a las consultas que le iban haciendo los traductores del libro al alemán, italiano, finlandés, etc. Eran cerca de *seiscientas* dudas, que el autor resolvía con una paciencia y una prolijidad verdaderamente asombrosas. Muchas de ellas me habían surgido también a mí, pero todas —salvo dos o tres, que pensaba plantearle al autor al final de mi trabajo— había logrado resolverlas por mis propios medios (o, dicho sea con más sinceridad, con los medios de internet). Servidor había estado haciendo el tonto, por excederse en la aplicación de una norma que llevo a rajatabla desde que traduje mi primer libro de escritor vivo, hace bastante más de veinte años: la de no molestar NUNCA al autor. No es broma: jamás le he preguntado nada a ningún autor, ni siquiera a Anthony Burgess, con quien llegué a tener confianza y cuyos textos me plantearon, a veces, dificultades enloquecedoras. No sabría explicar por qué: es, sin duda, una actitud irracional por mi parte, una especie de *machismo* literario que nadie me pide y yo me exijo; que, desde luego, no he esperado ni deseado de ninguno de mis pocos traductores al francés, al inglés o al neerlandés, cuyas consultas contesté con gusto (y menos mal, porque en las primeras versiones de varios poemas había errores de interpretación como auténticos baúles). Yo soy más listo que nadie y no pregunto. Así de sencillo. (No pregunto al autor, insisto; tengo, en cambio, varias personas de suma confianza a quienes sí acudo en requisición de ayuda. Y, esta vez, con *The Corrections*, sí que tenía asumida la necesidad de hacer alguna consultilla a Franzen, por dos o tres párrafos que no había logrado comprender. Más adelante los veremos en detalle.)

VIII

El caso era que el autor parecía verdaderamente encantado con las preguntas de sus traductores, y la editorial, por si las moscas (que son muy susceptibles, ellas), me aconsejó que yo también enviara mi lista de dudas. Obedecí como el dócil esbirro que soy: logré juntar diez o doce preguntas justificables y se las envié directamente a Franzen, que me contestó a vuelta de correo electrónico. Ningún problema.

Las dificultades —no pequeñas— surgieron después, cuando, a requerimiento del autor, enviamos como muestra las ciento y pico primeras páginas traducidas (aunque en ese momento ya estaba prácticamente terminado el trabajo). Empecemos con una confesión: ofuscado por un optimismo injustificable, cometí el error de enviar el texto sin corregir a fondo, pensando que el autor confiaría en el traductor para la enmienda de errores mecánicos, malas lecturas o equivocaciones simples. Piénsese que estábamos trabajando a uña de caballo: la edición española tenía fecha de publicación obligada, porque se había pactado la coincidencia con otras ediciones europeas (y yo había sido, con bastante diferencia, el último traductor en ponerse al tajo).

De todas formas, la respuesta del autor superó con creces las peores predicciones que cualquier Casandra habría podido hacer. Es lástima que no podamos entrar en el pormenor del asunto (haciéndolo aquí incurriría en una traición que no quiero ni debo permitirme). Baste decir que el portero madrileño de la escritora neoyorquina a quién aludíamos en el capítulo 2 merecía un holgado sillón académico, comparado con la asesora del señor Franzen. Hubo que perder el tiempo en necedades como convencer al autor de que en español no es *error sintáctico* colocar un adjetivo delante del nombre. Al final, la posición firmísima de la editorial bastó para zanjar el problema.

IX

Pero la discusión dejó secuelas. El autor se reservaba aún más el derecho de revisión de la traducción e imponía, sin discusión posible, una norma que el traductor no consideraba aceptable: quedaba prohibido explicar al lector español nada que él no explicase al lector norteamericano en la versión original. PA no podía ser Pensilvania, ni se admitía explicación para ninguna sigla. Prohibido revelar en dos palabras para qué sirve una medicina que va a tomarse un personaje y que nadie en España conoce. Prohibido aclarar ninguna referencia histórica 100% norteamericana totalmente indescifrable en Europa.

No hubo más remedio que eliminar todas mis brevísimas apostillas al texto, aun sabiendo que ello perjudicaba mi trabajo y aun temiendo que el lector español me considerara una especie de vago redomado, por no haberme tomado la molestia, al menos, de averiguar qué significaban ciertas cosas. Nada que hacer. Comprendo que en algún caso hubo un exceso de celo por mi parte: no hace falta traducir «it smelled like the inside of a Lexus» por «olía como el interior de un automóvil Lexus», porque la marca es suficientemente conocida en España (mi temor era que el lector español no supiese que hablábamos de un automóvil, porque el contexto no lo aclaraba, y que la frase siguiente, muy dramática, le resultase ridícula). En otros casos, la *adaptación* al medio español me parecía imprescindible; y, de hecho, estoy convencido de que el libro se habría leído mejor de haberseme permitido mantenerla. Pero no hubo modo.

¿Tiene derecho el autor a inmiscuirse *tanto* en el trabajo de un traductor? Dependerá, al menos, de dos factores: a) La distancia cultural existente entre el país de origen del libro y el país de recepción de la traducción; b) El conocimiento que el autor tenga del país de recepción. En cuanto al punto a), ya comentamos al principio la profunda extranjería de *Las correcciones*. En cuanto al punto b), nadie querrá discutirme que el señor Franzen es uno de los escritores norteamericanos que lo ignora todo de Europa, hasta extremos que sería divertido demostrar, si nuestro propósito aquí fuera un análisis del libro, y no una crónica de su traducción.

X

Por no tomarme suficientemente en serio, esta vez, la cláusula contractual en que el autor se reservaba el derecho de rechazar la traducción si no le gustaba; por la prisa, siempre tan mala colaboradora; y por la intervención de terceras personas sin criterio, ya hemos visto que del primer contacto con Franzen resultó un antipático brete, favorablemente resuelto por la buena (y obligada) voluntad de las partes.

De todas formas, honrado será reconocer que el texto enviado al modo corre-corre contenía dos errores graves (que ya estaban corregidos cuando se recibió el informe condenatorio, pero cuya presencia no cabía negar). Dos errores míos de lectura, que nos vendrá bien comentar aquí, por lo que tienen de aleccionadores.

Primero. Había entendido mal una frase del párrafo inicial del libro, «**the whole northern religion of things coming to an end**», dando «toda la religión nórdica de las cosas que llegan a su fin», cuando lo que está llegando al fin no son las cosas, sino la religión nórdica. Pasa a veces. El traductor traduce lo que cree haber leído y no se para a pensar. Luego, en relectura, se dice uno: «Y este tío ¿cómo habrá escrito una cosa tan carente de sentido?». Etcétera. Hay una regla de oro, muy sencilla: «¡Oh traductor, nunca llegues demasiado pronto al convencimiento de que el autor es imbécil y dice tonterías!» No es imposible, pero asegurémonos siempre.

Segundo. Leí mal un diálogo. Donde Julia dice «I'm feeling good about the fact that it's the first time in my life I've ever acted self-interestedly in a relationship», yo puse lo contrario: que era la primera vez en su vida que había actuado desinteresadamente en una relación (v. pág. 37 de la edición española).

XI

Si quieren ustedes arrojarme la primera piedra por esos dos errores, sin gusto, pero con resignación, aceptaré el castigo. Ándense con cuidado, sin embargo: años de trabajo universitario con versiones ajenas me han convencido de que no hay traducción *publicada* que no contenga errores similares a estos dos míos. Una de las facetas más crueles de la tarea truchimana está precisamente en la imposibilidad de la perfección: tarde o temprano, unas páginas más arriba, unas páginas más abajo, aparece un «izquierda» donde el original pone «right» o «droite», o un oso por jabalí. En mi traducción de *El reino de los réprobos*, de Anthony Burgess, estuve a punto de hacer que Trajano se comiera un oso (bear) recién cazado por sus fieles legionarios de escolta: metí el jabalí (boar) en las mismísimas galeradas.

Bueno, el caso es que el conflicto con el autor pudo resolverse y que la traducción se publicó y que el libro obtuvo un notable éxito de crítica y que incluso tres o cuatro de los reseñadores llegaron a mencionar mi trabajo, poniéndole buena nota. (No sé evitarme un comentario entre paréntesis. El gremio de traductores lleva muy mal eso de que los críticos no hablen casi nunca de la traducción en sus reseñas. A mí, en cambio, esa abstención me parece un primor de honradez, en muchos casos, cuando el crítico no puede, ni sabe, ni quiere leer la obra en el original. Sería, en el mejor de los supuestos —que pudiera y supiera y quisiera—, *leer dos veces*, con lo mal de tiempo que andamos todos... No, en serio, hay ocasiones en que uno se siente ridículo. Hace años, formé parte de un jurado que otorgó el premio nacional de traducción a la versión española de una refulgente joya de la literatura china. Trabajo muy meritorio, sin duda, dignísimo de aplausos y de premios, sin duda; pero que, sin duda, los miembros del jurado de ninguna manera podíamos valorar. Si el traductor se hubiera inventado un texto y le hubiera puesto el título del clásico chino, como a chinos nos habría podido engañar. Y conste que no me declaro inocente, porque yo también voté por el chino.)

Y menos cháchara. A partir de ahora, vamos a ir repasando las principales dificultades que hubimos de superar todos los traductores de *The Corrections*.

XII

Dejando aparte ciertos problemas con los nombres de árboles del primer párrafo, resueltos a base de internet y de enciclopedias botánicas (la mejor solución, cuando se puede, es buscar, a partir del inglés, el nombre latino del árbol o planta, y comprobar a qué equivale en español), la primera pregunta que plantea uno de los traductores se aplica a la frase «**There were chairs and tables by Ethan Allen**», (pág. 15) donde el hombre no sabe si el mencionado señor es el soldado revolucionario del siglo XVIII o algún diseñador moderno. Servidor de ustedes, en vista de www.ethanallen.com/, ni siquiera se había planteado la duda. Quizá habría encajado bien aquí una pequeña orientación, porque Ethan Allen es un fabricante de muebles sólidos y duraderos, pero no elegantes, dato que, conocido, habría contribuido a que el lector español también fuera haciéndose en la cabeza la imagen de la pareja protagonista. En nada pecaminoso habríamos incurrido si hubiésemos puesto «sólidas sillas y mesas de Ethan Allen»; pero recuérdese que el autor prohibió rotundamente toda explicación que no estuviera en su texto.

La siguiente momento de embarazo viene cuando Franzen habla de «**The brick palisades of the East River waterfront**» (pág. 30). En efecto, «palisade» nos remite a «empalizada», pero ésta, en castellano, en italiano o en francés, sólo puede ser de madera. Dejándome llevar por la leve excusa que me brindaba la acepción 2. de la palabra en DRAE (‘Defensa hecha de estacas y terraplenada para impedir la salida de los ríos o dirigir su corriente’), opté por traducir «empalizadas de ladrillos». Me equivoqué, por gandul: si hubiese consultado el Webster, habría aprendido que en el inglés norteamericano «palisade» puede también ser «acantilado». Y habría quedado mucho mejor traduciendo «los acantilados de ladrillo». Mea culpa.

XIII

Una «HMO» (pág. 33) es una «Health Maintenance Organization», es decir una aseguradora sanitaria, pero de las que no incluyen la libre elección de médico (según el *Webster*, confirmado por el autor). Otra pincelada a los personajes, cuya situación económica es saneada, pero no especialmente brillante: no les alcanza para pagarse un seguro de primera calidad. El lector español se quedará sin el detalle, porque el traductor no está autorizado a explicarlo.

Me salí con la mía, en cambio, en «**By getting out of bed much earlier than his grad-school classmates, who slept off their Gauloise hangovers until noon or one o'clock**» (pág. 48), donde pude colar «cigarrillos» entre «sus resacas» y «Gauloise». Por descontado que a un español que lee *Las correcciones* no hace falta explicarle que Gauloise es una marca de cigarrillos, pero en este párrafo me preocupaba el desconcierto que pudiera provocar la combinación de un vocablo como «resaca» —directamente vinculado con el alcohol, en este contexto— con una palabra en francés; que, además, ateniéndome a la normativa ortográfica vigente, tendría que haber escrito con minúsculas y en plural: «gauloises».

His back patio overlooked a waterway known to college administrators as Kuyper's Creek and to everybody else as Carparts Creek (pág. 51). Aquí, afortunadamente, el supresor de explicaciones debía de andar modorro, porque se le pasó eliminarme la apostilla: «Su patio trasero daba a una corriente de agua que los regidores del *college* conocían por el nombre de Kuyper's Creek, pero que todo el mundo llamaba Carparts Creek, es decir riachuelo de las piezas usadas de automóvil». Tampoco es que el dato sea imprescindible para la recta interpretación de la existencia humana en este mundo, pero, al menos, sirve para que el lector español se haga una idea de que aquello era un desastre de feo y de sucio.

XIV

Hubieron de enfrentarse, todos los traductores, con una tienda especialísima, que más parecía dedicada a vender objetos para jíbaros —o sombreros— que a ninguna otra cosa: **head shops**. Bueno. Nada especialmente difícil, para un sesentero como servidor, porque está bien claro, por el ambiente que nos describe el autor, que esos «heads» a quienes se sirve en tan dignos establecimientos son pura y simplemente unos caballeros muy excesivos en la veneración de santa Juana la Verde. Pero conste que la cosa tenía su miga.

Gran discusión entre los traductores motivó también el nombre de un curso que imparte uno de los personajes en el *college* donde trabaja (desesperado y ligón, como todos los profesores de esta escuela novelística norteamericana, cultivada precisamente por profesores que se avergüenzan de los demás profesores): **Consuming Narratives**. Aquí, en realidad, daba lo mismo qué se tradujera, con tal que el título resultara burlón de la tendencia académica (minoritaria, pero espesa y abundante) a poner las modas por encima de la ciencia. Yo le añadí un «Introducción Teórica» al asunto, para cundirle el ridículo. El italiano proponía «Comprensione del Messagio». Ya ven.

Luego venía el más practicado de todos los deportes de taberna y bar, tras los *chinos*: el **foosball**, que, en fin, viene en el *Webster*, pero que algún traductor no encontraba por ninguna parte: futbolín, claro. Seguramente del alemán *Tischfussball*, fútbol de mesa. Podemos añadir aquí una nota curiosa, que servirá de consejo: todos tendemos a pensar que las palabras *raras* no van a venir en los diccionarios, y para localizarlas acudimos a cualquier otra fuente; pero hay lexicones, como el *Webster*, donde se encuentra prácticamente todo.

¿Recuerdan ustedes la moda trapecio? Sucedió por los años sesenta, y consistió en meter a las mujeres (tipo Audrey Hepburn: delgaditas) en vestidos cuyo diseño se acoplaba a una línea horizontal a la altura de los hombros y otra línea horizontal, muchos más larga, en el borde inferior de la pollera (homenaje a Argentina que, de paso, me ahorra la cacofonía larga/falda). Un trapecio. La obra solía rematarse con un sombrerito de sinóloga aficionada. Y ahí tienen ustedes una de las dificultades que se derivan de la juventud: no se acuerda uno de esos detalles tan antiguos, y tiene que preguntarle al autor por el significado de **trapeze dress**. Transcurrido un tiempo —cuando ya no vivamos los vivos depósitos de cultureta siglo XX—, la edición crítica de *The Corrections* requerirá una nota a pie de página. Como ahora «almofrej», más o menos.

Lo que viene a continuación es para nota: **At the weekly farmers' market near D—— he loaded up on heirloom tomatoes, white eggplants, and thin-skinned golden plums. He ate arugula (“rocket,” the old farmers called it) so strong it made his eyes water, like a paragraph of Thoreau.** Dejando aparte la coccita a Thoreau, y admitiendo que «white eggplants» no va más allá de «berenjenas blancas», y que las «thin-skinned golden plums» bien podrían ser «ciruelas doradas de finísima piel», y que «arugula» se puede encontrar en internet, donde los sabedores, en español, la llaman «ruca», nos quedan los «heirloom tomatoes». Los tomates de herencia o legado. «Hizo una buena provisión de tomates como los de toda la vida», puse yo, y coincidí con la explicación dada por el autor a los traductores que le preguntaron al respecto. En los mercados españoles tiende a hablarse de productos «ecológicos», pero no es exactamente lo mismo: el tomate de toda la vida es el de los tiempos en que no se practicaba la biogenética, ni había híbridos. (Entre paréntesis: habrán ustedes observado que traduje «thin-skinned» por «de finísima piel». No es raro que, como traductor, a veces me sienta obligado a hinchar el adjetivo, que en español puede quedar flojo sin hipérbole. Por supuesto que «she's a beautiful girl» puede traducirse por «es una chica guapa», pero —me parece a mí— el inglés quiere decir algo más con esa frase. Quiere decir «es una chica muy guapa». Porque «una chica guapa», así, a secas, en español más bien suena a callito disimulado.)

Descubran ustedes las diferencias, por favor. INGLÉS: **His stomach heaved when he remembered the glistening wedges of browned whateverfish, the glaucous arcs of lipidy chips, the smell of scalp and deep-fry, or even just the words “Firth of Forth.”** ESPAÑOL: *El estómago se le revolvía al recordar aquellas grandes y resplandecientes porciones de cualquiera sabe qué pescado, las glaucas tiras de patas lipidosas, el olor a cuero cabelludo y a fritura, o incluso las palabras «Firth of Forth», nombre de un puente de ferrocarril sobre el estuario del Forth.* Pues sí, en efecto: en este caso, logré colar la explicación de «Firth of Forth», que de otro modo habría dejado bastante perplejo al lector español, seguramente poco versado en la toponimia escocesa. Y también, sí, en efecto: me salté «browned». Y más también, sí, en efecto: las comillas —“ ”— que utilizan los tipógrafos norteamericanos no son las mismas que utilizamos (o deberíamos) utilizar aquí —« »—. (Muchas veces, el traductor se ve obligado a eliminar parte de la información que acarrea el texto inglés, porque no hay manera elegante de conservarla en castellano —y puede importar más la elegancia que la exactitud—, pero, sobre todo, porque el escritor en lengua inglesa, abusando de sus vocabulario monosilábico y de su enjuta gramática, tiende al dato superfluo. Reconozco, no obstante, que la omisión de «browned», en esta frase, no fue voluntaria.)

Pero pronto purgué este pecadillo con las «espirales metálicas y cuadradas de placas antirrobo» (**metallic squared spirals of antitheft badges**) de las cuales, cuenta el autor, están plagadas las aceras de Manhattan, y se le van pegando a uno a las suelas de los zapatos, según anda. ¿Existe aquí semejante artilugio? Pues mire usted por dónde: sí, existe. Yo no lo había visto en mi vida, pero, de pronto, empezaron a florecer en todas las tiendas donde me metía a averiguar: son unos rectángulos de cartón que en una cara llevan algo parecido a un circuito impreso (cuyo trazado podría considerarse espiral) y en la otra una poderosa capa de pegamento. Y que, claro, arrojados al suelo por el comprador, al salir de la tienda, pueden comportarse como pedazos de chicle bien masticado. La combinación adelanto-técnico/oh, Dios-mío, -todo-corre-peligro, -tengo-que-protegerme, esto puede acabar con la cultura occidental.

XVII

De pronto nos encontramos con **the Saturday half of the Sunday Times**, la mitad sabatina del *Times* dominical. Es una peculiaridad a que se atiene la distribución del *Times* en Nueva York: parte de la edición dominical se distribuye con el ejemplar del sábado. Es decir: «la mitad del *Times* del domingo que se entrega los sábados». En traducciones a otros idiomas se omitió este detalle; que, por otra parte, tampoco tiene importancia alguna, pero que el traductor debe respetar, aunque no entienda por qué se molesta el autor en precisar semejante dato.

Una pieza en que tropezamos todos los traductores, en cambio, fue ésta, cierre de una larga pintura de ambiente pueblerino estadounidense: **And orange and yellow plastic pennants shivering overhead on guys**. Difícil de entender, ¿verdad? ¿Qué hacen esos «guys» (las más de las veces, «tíos», «chicos», «gente») con los gallardetes de plástico por encima? ¿Qué rara construcción es ésa, con toda la pinta de faltarle un «the» antes de «guys»?... Ya sé: el error es lelo, pero considere el lector cuánto engaña la frase, por lo aparentemente obvio de su sentido: es de una lógica apabullante que los gallardetes tremolen al viento, sobre las cabezas de la gente. Una imagen estupenda, que, para colmo, cerraba con primor el párrafo. La lástima es que el original no dice eso, porque «guy», aquí, vale por «guy rope», es decir «cable tensor» o «viento». Por consiguiente: «Y los gallardetes de plástico de color naranja y amarillo, tremolando en lo alto, sujetos por cables tensores». Uf. Mucho más feo que la traducción equivocada, desde luego; pero así es la vida del honrado truchimán.

El problema siguiente es evangélico y se da con frecuencia: las citas no coinciden a la perfección, porque las versiones tradicionales de los Testamentos al inglés y al español están hechas con criterios diferentes. Donde *The Corrections* dice **If thy right hand offend thee, Jesus said, cut it off**, *Las correcciones* tendrá que decir: *Si tu mano derecha te ofende [o escandaliza: las versiones varían], dijo Jesús, córtala y arrójala de ti*. Lo de menos, desde luego, es averiguar a qué Evangelio corresponde la cita, porque el autor no se molesta en decírnoslo; pero vaya el dato, en plan exhibición: Mateo, V, 29-30. (Tarda uno tres o cuatro segundos en localizar una referencia así en internet, claro.)

Years after the Soo Line and Great Northern and Rock Island had stranded dead and dying towns all across the northern Plains, then, the Midpac had persisted in running short semi-weekly or even biweekly trains through places like Alvin and Pisgah Creek, New Chartres and West Centerville. Midpac es el nombre abreviado de una compañía de ferrocarril, la Midland Pacific Railroad. Pero ¿qué significa «semiweekly» y, sobre todo, en qué se distingue de «biweekly»? Según *Webster*, «semiweekly» (término raro) significa ‘que ocurre dos veces por semana’, y «biweekly» es su sinónimo, en primera acepción, aunque en segunda pueda significar ‘que ocurre cada dos semanas’, es decir «quincenalmente». El hecho de que ambas palabras se sucedan en el texto debería haber bastado para indicar a los traductores que el autor no las utilizaba como sinónimos, pero el caso es que hubo consultas perplejas sobre el asunto. Y la verdad es que tampoco el castellano puede presumir de mucha claridad al respecto: «bisemanal», en DRAE, es

1. adj. Que se hace u ocurre dos veces por semana.
2. adj. Que se hace u ocurre cada dos semanas.

Por otra parte, tampoco entendemos muy bien que la distinción se ofrezca entre servicios «dos veces por semana» y «servicios quincenales», eliminando «una vez por semana». Pero así está en el original, y así hemos de dejarlo.

Y seguimos con los trenes: **The Midland Pacific Railroad [...] had served hundreds of one-elevator towns in west Kansas [...].** En muchos y pequeños trocitos habrá de partirse el coco el traductor para comprender que estas ciudades de «un ascensor» o «elevator» son ciudades de pequeña relevancia agrícola, que sólo tienen un silo para cereales (porque «elevator», aquí, ha de entenderse por «grain-elevator»). Consuélese ustedes pensando que pregunté a varios indígenas norteamericanos y sólo uno de ellos entendió la frase, sin mucha seguridad. No quedó más remedio que acudir al autor.

XIX

No es broma: **The jismic grunting butt-oink. The jiggling frantic nut-swing** = «A topetazos en el culo, gruñendo como un cerdo. Con las pelotas zarandeándosele frenéticamente». Más o menos. Donde «jismic» («jism» es «semen», en jerga) se sustituye por «topetazos» —transmite la misma idea de fornicación sonora, pero con mayor claridad en castellano que si dijéramos «orgásmica»—, «culo» procede de «butt», «gruñendo como un cerdo» se inspira en «oink» y lo demás se entiende sin explicación. Yo no pregunté nada, pero a una de las traductoras tuvieron que hacerle el boca a boca, a juzgar por las dudas que transmitió al autor (a quien imagino carcajeándose de puro morbo).

Relación (parcial) de regalos que recibe uno de los personajes principales en ridícula ocasión: **an asparagus steamer, three pairs of white Jockey underwear, a jumbo candy cane, and two calico throw pillows**. «Throw pillow» no es término inventado por el autor: lo encontramos por miles en catálogos interneteros y viene a ser un equivalente *especializado* de nuestro «cojín»; esto es: no un cojín cualquiera, sino un cojín suelto, de cualquier formato, siempre ornamental, que se coloca encima de un mueble (de un sofá, por ejemplo, pero también de una silla, para ablandarle el asiento). *Webster* lo define: ‘a small pillow used especially as a decorative accessory’. Honradamente creo que no hay manera de expresar esta especialización en castellano: las definiciones de «cojín» / «cushion» son casi gemelas en DRAE / Webster, y acudir a «almohada» o «almohadón» sería un disparate. No nos queda más remedio que conformarnos con «dos cojines de calicó». (Problema paralelo e inesperado: «calicó», para DRAE, es ‘tela delgada de algodón’; pero el *Trésor de la Langue Française* es mucho más despreciativo —‘tela de algodón bastante grosera, de calidad muy ordinaria’— en lo cual coincide casi plenamente con Webster, que la sitúa entre los tejidos baratos. Con lo cual resulta, ¡ay!, que hemos hecho un pan como unas tortas: el autor quería darnos idea de un regalo pobretón, y nosotros, traduciendo «cojines de calicó», le hemos comunicado al lector hispanohablante una sensación de cosa cursi —a eso suena calicó—, pero no de baja calidad... Por supuesto: ahora, entrando en los detalles, sin tasa de tiempo, es fácil percibir estos matices. Trabajando a destajo, como trabajamos los traductores, NADIE puede estar a semejantes finuras. Lástima.)

También se presentan, a veces, trampas en las que puede uno caer, en cualquiera de los muchos días tontos que ocurren durante un largo proceso de traducción. Miren ustedes esta frase: **he piled his Foucault and Greenblatt and hooks and Poovey into shopping bags and sold them all for \$115**. ¿Qué pintan ahí esos «hooks» o «ganchos»? El personaje está vendiendo objetos que tiene en casa, para pagarse la tontorrón existencia que lleva: libros, sobre todo, pero nada impide que también pignore alguna propiedad que quepa en la anchurosa definición de «hook». Claro que... También puede tratarse de una errata, de un apellido mal escrito, con minúscula inicial. ¿Ponemos «Hooks» o buscamos algo que se acerque a «hooks» —perchas, por ejemplo— y pueda venderse a un chamarilero? La cuestión requiere un poquitín de ingenio, porque sabemos de antemano que la búsqueda «hooks» no puede darnos nada claro en Google. ¿Y si acudimos a amazon.com, explorando la posibilidad de que pueda tratarse de un escritor? ¡Bingo!, como dicen los exclamadores originales: bell hooks, una escritora y crítica literaria que, como e.e. cummings, gusta de humillarse el nombre escribiéndolo en plan todo minúsculas.

Y, bueno: hemos resuelto el problema, pero, seguramente, dejamos al lector hispanohablante *in albis*. Recuérdese que el autor nos tiene prohibido, a los traductores, explicar nada que él no explique a sus lectores aborígenes, de modo que... Supongo que 999 de cada 1000 lectores de *Las correcciones* habrán pensado que «hooks» es una errata. Sólo que, ¿quién demonios es bell hooks? ¿No resultará parecida la proporción de lectores norteamericanos que haya pensado lo mismo? Bien podría ser que el autor hubiera puesto su migaja de cachondeíto en el asunto, porque, a fin de cuentas, ¿qué trabajo le habría costado escribir bell hooks, nombre y apellido, eliminando así toda posible confusión?

No conviene excluir *siempre* la posibilidad de que el autor tenga razón. A veces acierta.

Digresión pensativa con colgajos de fiesta: de pronto, pumba, **You've got your In-Sink-Erator**. La dificultad no es para llevarse las manos a la cabeza, y *en seguida* comprendemos de qué se trata: un triturador de desperdicios de esos que se montan en el desagüe del fregadero y suelen machacarles los dedos a las víctimas del terror cinematográfico. Está claro como el agua clara de lavar los platos: la pronunciación de «In-Sink-Erator» se acerca muchísimo a la de «incinerator», artilugio que, para un anglohablante, no guarda tanta relación con su «ceniza» etimológica como con el hecho simple de destruir algo en trozos pequeñitos. Y —lujo añadido— el términacho contiene «sink», fregadero. O sea que: *verde y con aza, calabaza*.

Lo verdaderamente digno de reflexión, aquí, es la falta de sentido del ridículo que, vista y oída por un hispanohablante, puede llegar a exhibir la lengua inglesa. A ello se presta, claro, la facilidad de combinación que ofrecen sus abundosas palabras monosilábicas: maquine usted ingeniosos juegos de palabras con «fregadero» y «triturar » a ver qué le sale. Sería bonito «trituradero», por ejemplo, pero nadie lo relacionaría con el desagüe y, además, en lengua marquetinesa daría Triturator. Otros engendros alcanzarían un ridículo que el castellano no tolera (Fregatriturador, fregraderotacho, eliminaturas, cosas así). Y, al final, tendríamos que quedarnos con alguna denominación más lúgubre que comercial: «Maxhigiene: Triturador de residuos incorporado al fregadero».

No hay casi nada que el traductor pueda hacer para copiar el desparpajo de la lengua inglesa en este terreno. En *Las correcciones* nos resignamos a poner: «Tienes triturador de basuras en el fregadero», que, la verdad, tampoco está mal, como texto exótico.

Confieso, por otra parte, que yo sólo conozco una familia, en toda España, que posea tan devorador adminículo en su casa.

In these same twenty-two months, Chip had liquidated a retirement fund, sold a good car, worked half-time at an eightieth-percentile wage, and still ended up on the brink of Chapter 11.

No es tan difícil como parece, pero ocurre que el uso de «percentile», en inglés, no está tan reducido al ámbito técnico como el de «percentil» en español; y, además, la clasificación de los salarios en percentiles es un concepto relativamente común en EE UU y absolutamente extraño en España. Peor aún: si traducimos «un salario en el percentil ochenta» lo más probable es que el lector hispanohablante entienda lo contrario de lo que tratamos de comunicarle, es decir: que el salario de Chip no se situaba en el 20% superior. De modo que, aun teniendo en cuenta que la definición de «percentil» en el DRAE no deja lugar a dudas ('1. m. *Mat.* Valor que divide un conjunto ordenado de datos estadísticos de forma que un porcentaje de tales datos sea inferior a dicho valor. Así, un individuo en el percentil 80 está por encima del 80% del grupo a que pertenece'), parece más prudente optar por una versión explicativa: «un salario situado entre el 20% de los más altos del país».

«Chapter 11» no viene en ningún diccionario, ni parece ser un término muy frecuente en el habla norteamericana, pero está claro que se refiere al Capítulo 11 de la *Bankruptcy Act*, que regula la quiebra o bancarrota de deudores de menor cuantía (*está claro* si conoce usted estupendamente la legislación estadounidense, o si, echándole paciencia a la tarea, localiza el asunto en internet). No será mala traducción, pues, nuestro «cuarta pregunta», que sitúa al aludido en muy mala coyuntura económica y que, además, nos remite también a un contexto judicial. (La cuarta pregunta venía, en los interrogatorios, tras «¿tenemos salud?», «¿tenemos ingenio?» y «¿tenemos amores?»; y el reo solía contestarla negativamente, para no pillarse los dedos en las rendijas de Hacienda.)

Y en la misma línea pasamos al lenguaje financiero: **These were years in America when it was nearly impossible not to make money, years when receptionists wrote MasterCard checks to their brokers at 13.9% APR and still cleared a profit, years of Buy, years of Call, and Chip had missed the boat.** Una de esas frases que los traductores leemos con desolación en la trabajadora alma, achicados de horror ante la perspectiva de tirarnos *horas* en averiguaciones que, luego, cuando se midan por el resultado, van a producirnos cincuenta céntimos de euro. Ésta, en realidad, no es para tanto. «APR» se encuentra en cualquier buen diccionario y significa «TAE», ‘tasa anual efectiva’; «receptionist» se puede dejar en «recepcionista» sin desdoro; lo mismo que MasterCard checks en «talones de MasterCard» (que el lector español no entenderá exactamente, pero que tampoco parece imprescindible explicar, porque esto es una novela, no un informe financiero). Y «years of Buy, years of Call» se elucida también sin penoso esfuerzo: «Años de Compra, años de Demanda». Al final, lo más osado que nos queda es cambiarle el transporte a Chip, porque en español, cuando perdemos oportunidades, solemos hablar de trenes en vez de barcos.

Your bank doubles our country’s commercial interest rates overnight—why? To cover heavy losses in its failed line of Dilbert affinity MasterCards. Sátira. Un personaje lituano describe los diversos modos en que los bancos e inversores internacionales han descabaldo su país. Y una de las maquinaciones más extrañas de los genios marquetineros de la Banca ha sido el lanzamiento de una tarjeta de crédito patrocinada por Dilbert, personaje de tira cómica muy famoso en EE UU y algo famoso en otros países occidentales, pero, desde luego, escasamente válido como icono de promoción en un país recién salido de una modalidad muy rusa y muy impuesta del socialismo soviético. El término «affinity card», (¿tarjeta de crédito de afinidad?) no parece haberse introducido en la jerga financiera española, a pesar de que sí existan tarjetas de crédito patrocinadas o publicitariamente reforzadas por nombres de marca u organismos ajenos a los estamentos bancarios.

The Lithuanian nodded, obviously pleased. Eden pounded her fists on her desk. “God, Gitanas, Chip’s fantastic! He is so entitled to a signing bonus. Also first-class accommodations in Vilnius and a per diem in dollars.” Bueno. Aprovecho este extracto para colocar dos comentarios no del todo impertinentes. Primero, que el verbo «nod», en este contexto y en muchos otros, solo debe traducirse por «asentir con la cabeza» (sin decir nada). Segundo — para principiantes—, que los ingleses y norteamericanos, al transcribir los diálogos, utilizan comillas donde nosotros insertamos guiones, lo cual nos obliga, en este párrafo, a añadir un punto y aparte que no está en el original:

«El lituano asintió con la cabeza, visiblemente satisfecho. Eden golpeó el tablero de su mesa de despacho con los puños:

—Dios mío, Gitanas, ¡Chip es un tío fantástico! Tiene todo el derecho a un bono especial a la firma del contrato. Y también a alojamiento de primera clase en Vilnius, además de una dieta diaria en dólares.»

Y con la cita nos ahorramos otros comentarios: queda claro que es un «signing bonus» y qué un «per diem in dollars».

Gitanas caught Chip’s eye and silently conveyed to him his opinion of their host. “Eden, this document,” he said. “What is Cheep’s job designation? International Wire Fraud Consultant? First Deputy Co-Conspirator?” Los personajes están inventándose cargos pintorescos, pero cuidado, porque Wire Fraud es un término jurídico. Lo que tipifica el «wire fraud», diferenciándolo del «postal fraud», es el recurso a llamadas telefónicas interestatales o comunicaciones electrónicas para la comisión del delito o falta. No parece que la legislación española haya reflejado, por el momento, este matiz. Y, a falta de precisión, bien podemos optar por la claridad y traducir «fraude electrónico», que nos remite a «correo electrónico».

En cuanto a la grafía «Cheep», el autor no está indicando que el personaje lituano pronuncia mal «Chip», alargándole la vocal, al modo hispano (se ve que los lituanos tampoco andan muy finos en vocales oscuras). En la traducción, creo yo que nos basta con señalar una vez esta peculiaridad, sin tratar de transliterarla en cada ocasión.

In the open space above the commuter-rail tracks, behind the garage, a kind of spring-shower self-improvement of the light was working through the humid air. Hay que leerlo un par de veces para desfazer el retorcimiento de «a kind of spring-shower self-improvement of the light» y ponerse a maquinar alguna equivalencia. El traductor al italiano quería dar (en italiano, claro) «una especie de luz de chaparrón primaveral», pero el autor le pidió que mantuviese la «mejora». Y no es nada fácil, en idioma latino, porque todo empleo de un «auto-» suele resultar demoledoramente feo. El traductor al español (servidor) tiró por la calle de en medio y puso: «era como si la luz, en el aire húmedo, estuviese experimentando un proceso de automejora por venia del chaparrón primaveral», confiando en que el lector hispanohablante no rechazase con demasiada violencia la «automejora» (que, a fin de cuentas, es ya casi un género literario, a estas bajuras del mundo de la edición).

He came up with a wonderful bratwurst-rib eye-bok choy combo. Viene ahora una confesión de traductor: ante frases así, tan indiferentes, siempre le vienen a uno ganas de poner cualquier cosa que venga a generar el mismo efecto en el lector, y dejarse de fidelidades. Aquí, un personaje está tratando de aliviarse la histeria conyugal a base de preparar barbacoas. De lo que se trata es de ir enumerando ocurrencias raras, hasta culminar en la frase de más arriba, a cuya buena comprensión no ayuda nada el empleo de los guiones cortos. (Hay que entender bratwurst + rib eye + bok choy). «Bratwurst» es palabra alemana embutida en el inglés, y significa: ‘salchicha de cerdo, para freír’. «Ribeye» o «Rib-eye» (palabra rara; encontramos «beef rib» o «eye rib» con más frecuencia) viene a ser el cogollo de las costillas. Y «bok choy» es una especie de repollo chino.

Pero descubrir todo esto no lleva menos de media horita en internet. Se sufre, oiga.

“Chip wants a base salary of a thousand a day, plus performance incentives,” Eden said.

“One thousand per week,” Gitanas said. “For lending legitimacy to my project. For creative work and reassuring callers.”

“One percent of gross,” Eden said. “One point minus his twenty-thousand-dollar monthly salary.”

Pura jerga de contratación. Los traductores se encasquillaron en este «One point minus his twenty-thousand-dollar monthly salary», por defectuosa interpretación de «point», que en este caso es claramente un punto de porcentaje. El fragmento podría ir así en castellano:

—Chip quiere una paga base diaria de mil dólares, más incentivos por rendimiento —dijo Eden.

—Mil a la semana —dijo Gitanas—. Por dar legitimidad a mi proyecto. Por el trabajo creativo y por tranquilizar a los clientes potenciales.

—Uno por ciento de los ingresos brutos —dijo Eden—, una vez deducido su salario mensual de veinte mil dólares.»

Como se ve, traducimos «caller» por «cliente potencial», aunque literalmente no es sino «alguien que llama» o «alguien que acude a algún sitio»: «he is a regular caller» = «viene a menudo». Pero en español queda mucho más claro y más *técnico* hablar de clientes potenciales. En este punto quizá venga a cuento señalar una curiosa tendencia de los dialoguistas norteamericanos, tanto cinematográficos como literarios: cuando un extranjero habla en inglés, lo único que marca su escaso dominio de la lengua es el acento; pero en lo tocante a la gramática y el vocabulario se expresa como un nativo. Hemos visto —los más sufridores o aburridos, por supuesto— una reciente película hollywoodense de Penélope Cruz que ilustra perfectamente lo que decimos: dicción manchega e idioma impecable. Aquí, el lituano Gitanas habla con acento (recuérdese que decía Cheep, con *i* larga, en vez de Chip), pero bien podría haberse criado en Wall Street. Qué difícil resulta siempre meterse en la cabeza del *extranjero*.

El escritor decide imitar la penosa realidad tipográfica de casi todos los panfletos publicitarios que circulan por ahí y, de pronto, sin aviso, nos coloca una página entera perdigonada de erratas. Uno de los traductores desperdió su tiempo tratando de encontrar la palabra «carcinocdies», que, evidentemente, sólo puede traducirse por eso mismo, «carcinocdies» (es decir: «carcinoides», con letras trastabilladas). El traductor español, afortunadamente, captó en seguida la gracia y decidió seguirla a su albedrío, introduciendo más o menos el mismo número de erratas que en el original, pero no necesariamente en las mismas palabras. No es divertido, sin embargo, sobre todo porque el pasaje está plagado de términos científicos muy poco comunes, cuya grafía no conoce uno bien. Si en la editorial se amase un poco más a los denodados traductores, estos detalles nos llegarían señalados de antemano: ojo, maese trujamán, no desgaste usted el diccionario buscando el verbo «protect» de la página tal, que es una ingeniosa errata por «protect». Tampoco sería tan difícil que alguien en la editorial, una vez vendido el libro al extranjero, lo leyese con ojos de traductor y preparase un informe cautelar.

Por pedir, que no quede.

It happened that in June, as the first dominoes of the overseas currency crises were toppling, Gary had pulled most of his playing-around money out of Euro and Far Eastern growth funds. This money was available now for investment in Axon. No hará falta explicar la imagen de las crisis monetarias extranjeras que empiezan a derrumbarse unas a otras, como fichas de dominó. Aquí, la dificultad está en «playing-around money», que resulta ser el dinero que un inversor considera disponible para jugar un poco, para perderlo incluso sin excesivo quebranto de su economía. No parece haber un término equivalente en los medios bursátiles españoles, pero nada nos impide traducir «dinero de jugar», que se entiende perfectamente por el contexto: «Ocurría que en junio, según fueron cayendo las primeras fichas de dominó de la crisis monetaria internacional, Gary había retirado de los fondos de crecimiento europeos y del lejano oriente casi todo su dinero de jugar, que, así, quedaba disponible para ser invertido en la Axon».

XXVIII

Con permiso de ustedes —gracias—, voy a meterme en un circunloquio necesario y, quizá, consolador. Al inglés no hay quién le ponga la pata encima en cuanto generador de neologismos, porque es el idioma que se habla en los países que lo están inventando todo y cuyos ciudadanos necesitan nuevas palabras para designar los nuevos objetos o fenómenos. Los anglohablantes ***** (incluso los de formación técnica) crecen, además, en un ambiente aficionado a los juguetes con las palabras y a los chistes verbales, mucho menos frecuentes en español. Si Joyce, sumo sacerdote de estas ceremonias, no puede traducirse a nuestro idioma es, en gran parte, por razón de ese desfase entre el inglés y el español: cuando copiamos sus juegos, todas las gracias nos salen patosas. En inglés, en cambio, la gente se divierte muchísimo con ellas.

En los países de habla inglesa, hasta los ingenieros hacen chistes, hasta los técnicos alumbran brillantes ocurrencias verbales. La revista *Wired* trae una sección fija de ocurrencias lingüísticas más o menos introducidas en las jergas profesionales. Y en internet tenemos la Webopedia, con un apartado de nuevos términos que todos los días ofrece novedades:

http://www.webopedia.com/new_terms.asp

Ante semejante chaparrón de palabras nuevas, muchas de las cuales permanecen en uso durante bastante tiempo, o se abren nicho en el diccionario, lo mejor que el traductor puede esperar es que la suerte le sonría. Cuando de pronto empieza a hablarse de «logic bomb» (clave de programación que sólo se activa en determinadas circunstancias y que utilizan mucho los fautores de virus o caballos de Troya), la cosa nos viene regalada: «bomba lógica»; y quien no lo entienda que no lo entienda, porque tampoco los lectores de habla inglesa que no estén especializados en el tema van a cazar el concepto. Pero si toca «zeroconf» (híbrido de «zero configuration»: algo que no necesita configuración, que se instala y ya está), lo único que podemos hacer es a) el ridículo —sacándonos del magín algo parecido a «zeroconfig»—; b) traducir «configuración cero».

Así es la vida. Cabe la esperanza de que dentro de cuatro o cinco siglos se invente en español, y sean los anglos quienes tengan que seguirnos con la lengua fuera.

XXIX

Y vamos con un acertijo:

Yo, Kelsey, yuh, Kelsey, get me twelve thousand Exxon at one-oh-four max,” the young man sitting to Gary’s left said suddenly and too loudly. The kid had a palmtop stock-quoter, a wire in his ear, and the schizophrenic eyes of the cellularly occupied. “Twelve thousand Exxon, upper limit one zero four,” he said.

Por partes:

— «Yo» es una partícula que se utiliza para llamar la atención del interlocutor, como cuando decimos «ojo» en español.

— «Twelve thousand Exxon at one-oh-four» es «doce mil acciones de Exxon a 104» (one-o-four, uno-cero-cuatro).

— «Palmtop stock quoter» es un artilugio informático de tamaño reducido que se mantiene en contacto permanente con la Bolsa e informa a su dueño de las cotizaciones.

— «The schizophrenic eyes of the cellularly occupied» es... Bueno: un «cell phone» es un teléfono celular, sólo que en España tendemos a llamarlos «móviles», y, por tanto, no podemos calcar «celularmente ocupados» (sí podríamos en la América de habla hispana, por cierto; y sí que entenderían la brillante imagen, también, muchos lectores españoles, porque «teléfono celular» se ha utilizado y se utiliza: lo que no decimos es «celular», «llámame al celular»). Como, de todas formas, la cosa no pasa de chiste, en la versión española dimos «la mirada esquizofrénica de los móvilmente ocupados». El traductor alemán lo tuvo más recio, porque en su tierra se dice «Handy» por «cell phone». Pero no puede negársele ingenio a su propuesta: «Gehandycapten», es decir algo así como «handycapado». Lo cual, según mis baremos de humor, tiene más gracia que el «cellularly occupied» del original.

— Y, por último, «Twelve thousand Exxon, upper limit one zero four» reitera lo dicho al principio del fragmento: «doce mil Exxon, límite máximo uno, cero, cuatro».

No me digan que no era todo la mar de facilito. Si es que nos quejamos de puro candongos que somos.

The Axon Corporation is fortunate to hold five U.S. patents protecting this powerful platform technology [...] ¿Qué es una «platform technology»? Nada muy misterioso, desde luego: una tecnología base (técnica básica, diríamos mejor, me parece a mí; pero ya no hay quién combata la tendencia a convertir las cosas en *-logías*, a nada que se presten) de la cual parten otras tecnologías descendentes y ascendentes. Podríamos traducir «tecnología plataforma», pero este tipo de combinaciones no suelen funcionar bien en español. Más valdrá que apelemos a «plataforma tecnológica», que se entiende bastante mejor.

«A pro-am thing in Malaysia with an early leader in the clubhouse, but that could change between 2:11 and 3:11. Can't miss that». Alguien, en un ascensor lleno de gente, pronuncia esta frase, así, de pronto. No tenemos ninguna pista importante. Sólo sabemos que el tipo que habla no pega ojo por las noches, porque se pasa las horas pendiente de las noticias deportivas. ¿Estamos ante una frase que sólo puede traducirse preguntándole al autor? Ustedes corríjanme si me equivoco, pero creo que sí, que esta brizna suelta de diálogo es completamente imposible de entender. Porque, verán:

— «Pro-am» está claro, sin ayuda de nadie: *pro*(fessional) y *am*(ateur).

— «An early leader in the clubhouse» es, según el propio Franzen, un dicho golfístico. El *líder* es el que mejor par tiene. Y el líder está *pronto en el local social* porque les lleva tanta ventaja a los demás, que ha de entretenerse en algo (tomándose un *ginger ale*, quizá) mientras terminan. Ya ven.

— Pero, claro, la situación puede cambiar entre el noticiario de las 14:11 y el de las 15:11. Y quien habla no quiere perderse.

(¿Tendrán algún chiste parecido los golfistas españoles? No fui capaz de averiguarlo.)

Like it's 3:11 in the morning and the Clippers lead the Grizzlies 146-145 with twelve seconds left in triple overtime. Otro comentario de ascensor, hijo del mismo obseso deportivo de la broma golfera que acaba de ocuparnos. Ya más avezados al asunto, suponemos —por el tanteo— que esto es baloncesto, y damos por sentado que «overtime» equivale, aquí, a «prórroga» o «tiempo extra». De hecho, «to work overtime» es 'hacer horas extras', de modo que no hay demasiada duda: estamos jugando una tercera prórroga.

By night, though, the mind went forth and dove down through the yielding—the violently lonely—nothingness on which the heavy steel ship traveled, and in every moving swell you saw a travesty of grids, you saw how truly and forever lost a man would be six fathoms under. Si estuviéramos en clase, habría que aclarar a los alumnos que la grafía de «traveled» es norteamericana, y que los ingleses escriben «travelled», con dos *eles*; luego, que «yielding» califica «nothingness», igual que el muy violento «violently lonely»; y que la frase es de una complicación rayana en el rebuscamiento, pero que, con paciencia de traductor resignado, puede irse poniendo en español sin gran desdoro. Única duda auténtica: ¿qué diablos es eso de «travesty of grids»? No creo que lo haya entendido ningún lector de habla inglesa, tampoco: «grid» es «rejilla» o «cuadrícula» y —bueeno—, echándole imaginación, podríamos sostener que las olas del mar representan una cuadrícula desordenada y caótica, o, en otras palabras: «una parodia de coordenadas», si queremos que el lector se entere de algo... «Six fathoms under» es «bajo seis brazas de agua», claro. En la frase siguiente hay un «eje de zeta» que corrobora la metáfora.

“Gary, say again what you are,” said Chipper, for whom Gary was the glass of fashion. “Are you a Wolf?” Nada de particular, salvo señalarles a ustedes que «glass of fashion» es referencia a *Hamlet* («the glass of fashion and the mold of form», dice Ofelia en el acto III) que pasará totalmente inadvertida al leer «espejo de la moda» en español. No nos amarguemos por ello el ánimo traductor: difícil será que más de seis o siete mil de los millones de lectores de la novela en su versión original hayan captado el envío. En todo caso, es una pequeña pérdida de contenido que no justifica una eventual nota del traductor.

She was pregnant and trading up in cup size, A to B and eventually even C, Chuck guessed, by the time the baby came. Like some municipality’s bond rating in a tailspin. Chuck se ha metido en lujurias y está calculando cómo le se le incrementarán los pechos a Enid según adelante su embarazo: de talla en talla, a partir de la más pequeña. Ya, pero ¿qué tienen que ver las tallas de sujetador con los bonos municipales? A estas alturas —hemos rebasado la mitad del libro—, el traductor sabe que los personajes siempre hablan según las jergas de sus oficios, de modo que este Chuck, técnico financiero, no va a ser excepción. La comparanza que se le ocurre es un pelín estremecedora, pero expliquémosla: ciertas entidades financieras evalúan el grado de fiabilidad de los bonos y les ponen letras: AA (muy fiable), A (menos), B (vamos cayendo), C (no lo toque usted ni con un palo de diez metros). Cuando un bono municipal va ganándose la confianza de los inversores, es como si tuviera un viento de cola que lo va haciendo subir de letra. Uno puede poner verdaderos aludes de reservas a una imagen así —incluso que está al revés, porque los bonos pasarían de C a A y los pechos de A a C—, pero no cabe negar lo que el propio autor explica. (Porque, claro, ninguno de los traductores europeos entendimos el asunto, y hubo que acudir al autor.)

He wondered if any exchange had a market in Erie Belt options. Buy five thousand shares outright with thirty puts for a downside hedge. Or better, if someone offered him a rate, a hundred naked calls. Pongo primero la traducción, para que ustedes calibren mejor el sufrimiento: «Se preguntó si las acciones de Erie Belt se cotizarían en alguna Bolsa. Comprar cinco mil acciones ya, con treinta opciones de venta para cubrir bajadas. O, mejor aún, si alguien le ofrecía cotización, cien opciones de compra descubierta». Y veamos: un «put» es una ‘opción de venta’. Un «downside hedge» es eso, una valla que frene el descenso, es decir una protección contra las caídas de cotización. Un «naked call» es una ‘opción de compra descubierta’. No conozco diccionario que dé estas equivalencias, ni parece haber en la jerga bursátil española tan pintorescas denominaciones. (Por si alguno de ustedes se ve condenado a este tipo de traducción, sin ser especialista del ramo, aprovecho para recomendarles esta dirección de internet:

<http://www.investopedia.com/dictionary/>

Es un excelente diccionario del inglés financiero, pero, claro, no trae equivalencias a ningún otro idioma.)

[...] and your Jews with their circumcised putzes and gefilte fish like pickled turds, and your Wasps with their Cigarette boats and runny-assed polo horses and go-to-hell cigars? Confieso que incluyo este fragmento con la única y exclusiva intención de que me admiren ustedes un poco, la verdad, porque observen qué traducción: «Y los judíos, con sus nabos circuncidados y su delicias de pescado relleno como zurullos en vinagre, y los blancos anglosajones protestantes, con sus barcos estilizadísimos y sus ponis de polo con el culo poco hecho y sus cigarros puros de que te den morcilla» (es decir: de «me importa un bledo que te moleste el humo»). Pero, una vez alcanzado el objetivo, no olvidemos el dato fundamental, que nos proporciona el autor: George Bursh tenía en Maine uno de esos «Cigarette boats», largos y finos.

And the Chinese, man, those creepy-ass weird-name vegetables like homegrown dildos somebody forgot to wash after using, one-dollah, one-dollah, and those slimy carps and skinned-alive songbirds, and come on, like, puppy-dog soup and pooty-tat dumplings and female infants are national delicacies, and *pork bung*, by which we're referring here to the *anus* of a *swine*, presumably a sort of chewy and bristly type item, pork bung's a thing Chinks pay money for to *eat*? What say we just nuke all billion point two of 'em, hey? He aquí un párrafo que sería inolvidable si no hubiera otros varios como él en la misma sección del mismo libro. Se tradujo así, eludiendo a veces la literalidad: «Y los chinos, tío, siempre con el culo por el suelo y llamándose cosas raras, que son como consoladores vegetales cultivados en casa, recién usados y sin lavar. Un dólar, un dólar. Y esas carpas viscosas y esos pájaros cantores despellejados vivos, bueno, el colmo, la sopa de perrito y las albóndigas de gatito. Y se comen a las niñas recién nacidas, en plan *délicatessen* nacional. Y el intestino ciego de los cerdos, entiéndase bien, estamos hablando del ano de los cerdos, todo correoso y todo lleno de pelos. Los chinos *pagan* por comerse el ano de un cerdo. ¿Qué tal si les tiramos una bomba atómica y nos cargamos enterito el uno coma dos millones de chinatas?». Problema: según vimos luego, por la respuesta del autor a un su traductor, «pooty-tat» es —sí, en efecto— «pussy cat» mal articulado por un infante, pero, *además*, hay en la palabra una picardía sexual gordísima, porque «pooty-tang» es «vulva» en alguna jerga. Albóndigas de coñejito, vaya. Casi todo puede traducirse, pero hay que caer en la cuenta, ¿verdad?

Viene a continuación, dentro del largo párrafo a que pertenece la detestación de los chinos arriba copiada, un sano ejemplo de ambigüedad; les toca ahora a las mujeres, a los homosexuales, a los mediterráneos, a los franceses y a los, llamémosles así, trabajadores manuales: **And let's not forget about women generally, nothing but a trail of Kleenexes and Tampaxes everywhere they go. And your fairies with their doctor's-office lubricants, and your Mediterraneans with their whiskers and their garlic, and your French with their garter belts and raunchy cheeses, and your blue-collar ball-scratchers with their hot rods and beer belches** [...]. Pero la duda patafísica solo se plantea en el caso de los «blue-collar». ¿Qué son esos «hot-rods» que se les atribuyen? El traductor italiano pregunta, recatadamente: ¿motores forzados o pollas calientes? Y el autor responde: «motores»; pero bien podría haber sido lo otro, sin duda alguna, porque «rod» —como perfectamente sabe cualquier lector del consultorio sexológico de Xaviera Hollander y otros grandes textos de los setenta— es una de las muchas palabras que a veces significan «cock» o «prick» en inglés. Y, además, estamos diciendo que estos dignos trabajadores se rascan los testiguillos (son «ball-scratchers») y lanzan eructos cerveceros («beer belches»), de modo que ¿cómo no considerar lógica, en medio, la referencia a sus apéndices reproductores? No, sin embargo: un «hot rod» es uno de esos automóviles retocados que sus dueños han sometido a varias operaciones de cirugía antiestética, hasta convertirlos en objetos no del todo compatibles con la concordia humana. Solaz para esa pobre gente marginal y —por culpa del propio sistema que la genera— irrecuperable, que sus compatriotas ricos denominan «basura blanca», «white trash».

En esta línea, no se pierdan la definición de las mujeres, que van dejando «un reguero de Kleenex y de Tampax por dondequiera que pasan».

Parece ser que internet le ha pegado al bridge un vigoroso patadón hacia arriba: miles de adictos de todo el mundo juegan ahora en línea y mantienen en marcha clubes cuyos miembros practicantes pueden empezar una baza en Vejer de la Frontera y rematarla en Chiclana, pero pasando antes por Vancouver y Wellington. Lo que no está tan claro —para quienes no le damos al naipe— es qué quiere decir «**Duplicate Bridge League**»; pero, una vez más, internet nos socorre: el «duplicate bridge» consiste en repetir varias veces el mismo reparto de cartas, pero a jugadores distintos. Así se ve quién es bueno y quién sólo tiene suerte, dicen. En cuanto a la traducción del término, no hay problema: está clarísimo que en español se utiliza el mismo, es decir «bridge duplicado», de modo que aquí tendríamos «la Liga del Bridge Duplicado».

Here Hibbard raised his eyebrows and whistled a few bars of a melody that his faux-disingenuous smile robbed the tune of... He aquí un buen ejemplo de frase que puede desanimar a cualquier traductor honradísimo y, no obstante, dejarlo al mismo tiempo indiferente. No estamos en el mundo para enmendarles la planilla a los autores, ni para desconfiar de la inteligencia del lector. Si el novelista considera que una frase así puede y debe entenderla su receptor, en inglés, pues ándale no más, en español: «Sobre estas palabras alzó Hibbard las cejas y chifló unos cuantos compases de una melodía que perdió la entonación, por culpa de la sonrisa de falsa desingenua». Claro que podríamos haber añadido «cinematográfica», pero habría sido explicar demasiado, y recuérdese que teníamos instrucciones de no incurrir en semejante pecado.

In her bedroom, on his knees, he planted his thumbs on her hipbones and pressed his mouth to her thighs and then to her whatever; she felt returned to a childhood world of Grimm and C. S. Lewis where a touch could be transformative. His hands made her hips into a woman's hips, his mouth made her thighs into a woman's thighs, her whatever into a cunt. These were the advantages of being wanted by someone older—to feel less like an ungendered marionette, to be given a guided tour of the state of her morphology, to have its usefulness elucidated by a person for whom it was just the ticket... Fragmento demasiado sexualón, quizá, para lectores castos, pero muy interesante por las dificultades que plantea. Reproduzcamos primero la equivalencia española: «En el dormitorio, puesto de rodillas, le plantó los pulgares en los huesos de la cadera y le apretó la boca contra los muslos y luego contra la cosita: se sintió devuelta a la infancia, al mundo de los Grimm y de C.S. Lewis, donde un solo contacto podía transformarlo todo. Las manos de Don convirtieron sus caderas en caderas de mujer, sus muslos en muslos de mujer, su cosita en coño. Ahí estaba la ventaja de ser deseada por alguien de más edad: no sentirse tanto como una marioneta sin género, tener un guía que le enseñara las fincas de su propia morfología, descubrir su eficacia por medio de una persona para quien todo aquello no era más que lo justo y necesario». Obsérvese que:

a) Convertimos «her whatever» («su lo que sea eso», expresión que utiliza la madre de este personaje femenino) en «su cosita».

b) No aclaramos quién pueda ser C.S. Lewis, escritor no famosísimo entre los hispanohablantes, pero de índole suficientemente aclarada por la mención «devuelta a la infancia» y por la anterior referencia a los Grimm.

c) Renunciamos a seguir al autor en su «transformative» con un «transformativo» que está en el DRAE (no vamos a negar ahora la gramática transformativa, ¿verdad?), pero cuyo rebuscamiento dejaría al lector sin aire que respirar.

d) Cambiamos «to be given a guided tour of the state of her morphology», quizá con mucha osadía, por «tener un guía que le enseñar las fincas de su propia morfología». No vimos modo de meter, sin incurrir en ridículo, la «visita guiada» del original.

e) Y eludimos la trampa del «ticket», muy peligrosa aquí (dada la cercanía de la «visita guiada», era fácil pensar que la palabra significaba «billete», «entrada»). «That's the ticket» significa «eso es lo que hay que hacer», «eso es lo necesario».

Un bonito párrafo, un agradable desafío.

XXXVIII

Y llega el momento en que la paciencia del traductor se descompone, estalla en pedacitos, queda prácticamente irrecuperable. Gran crisis. Podría haber sido cualquier otra cosa, pero el párrafo siguiente me exasperó:

In the morning the blood was crowded with commuters, the glucose peons, lactic and ureic sanitation workers, hemoglobinous deliverymen carrying loads of freshly brewed oxygen in their dented vans, the stern foremen like insulin, the enzymic middle managers and executive epinephrine, leukocyte cops and EMS workers, expensive consul-tants arriving in their pink and white and canary-yellow limos, everyone riding the aortal elevator and dispersing through the arteries. Before noon the rate of worker accidents was tiny. The world was newborn.

Un rebuscamiento casi letal, algo que, como escritor, a uno se le antoja mera exhibición léxica del autor, con dos o tres manitas de ingenio echadas encima a toda prisa. Fíjense, por favor: «Por la mañana, la sangre iba repleta de transeúntes, peones de la glucosa, obreros de saneamiento láctico y ureico, repartidores de hemoglobina transportando oxígeno recién producido en sus camionetas abolladas, capataces severos como la insulina, mandos intermedios enzimáticos y epinefrina jefe, leucocitos policías y trabajadores del Servicio Médico de Urgencias, carísimos consultores desplazándose en sus limosinas de color rosa y blanco y amarillo canario, todos ellos agolpándose en el ascensor de la aorta para luego dispersarse por las arterias. Antes de mediodía, la tasa de accidentes laborales era mínima. El mundo estaba recién nacido.»

Supongo que en obras tan largas como ésta todo traductor acaba incurriendo en la desesperación. Cuando lleva una semana con el texto y aún le quedan doscientas o trescientas páginas por delante, la tarea parece infinita: como si fuese uno a pasar el resto de la vida traduciendo *The Corrections* de don Jonathan Franzen. Y, francamente, hay otras cosas en este valle de lágrimas, ¿no?

Pero no queda más remedio que arremangarse el ánimo y seguir adelante.

De modo que eso hacemos. Sigo adelante. Algo tenso, sin embargo: me enfada que el traductor italiano haya consultado al autor si **Plymouth Meeting** es una localidad, como si no existiera un internet donde resolver inmediatamente estas dudas; me encocora que pregunte también por la epinefrina, como si a los italianos no les fuera aplicable la química del cuerpo; pero la maldita curiosidad, que le hace perder a uno el sentido de la eficacia, me lleva a consultar el *Webster* y, luego, el DRAE. Dos definiciones que nos dejan ver con toda claridad el diferente ánimo que rige en ambos:

Webster: a colorless crystalline feebly basic sympathomimetic hormone $C_9H_{13}NO_3$ that is the principal blood-pressure raising hormone secreted by the adrenal medulla and is used medicinally especially as a heart stimulant, a vasoconstrictor in controlling hemorrhages of the skin, and a muscle relaxant in bronchial asthma — called also *adrenaline*

DRAE: 1. f. Biol. Hormona segregada principalmente por la masa medular de las glándulas suprarrenales, poco soluble en agua, levógira y cristalizable. Es un poderoso constrictor de los vasos sanguíneos, por lo que se usa como medicamento hemostático.

Caigo, pues, en un nuevo episodio de la enfermedad mental llamada «envidia de diccionario», que llevo toda la vida padeciendo. Si nosotros tuviéramos un *Webster*, un *Petit Robert*, un *Trésor*, un *Oxford English Dictionary* (aunque soñar con algo parecido a este último es ya puro disparate)... Para acabar de fastidiarme, busco la palabra en el OED (soy un privilegiado: lo tengo en el disco duro, aunque lo utilizo poco, porque resulta mucho más sencillo y rápido apelar el *Webster* en línea). Bueno: remite a «adrenalina», pero remonta la etimología del vocablo al griego (igual que el *Webster*), mientras el DRAE la sitúa en el latín. Imposible seguir viviendo en semejante duda: ¿quién tiene razón: nuestra docta casa, los ingleses, los norteamericanos?

Pierdo un par de horas en comprobaciones inútiles (porque con haber traducido «epinefrina» —y pasemos a la siguiente— me habría bastado) y, al final, no llego a ninguna conclusión.

Otro de los peligros que acechan al pobre traductor: pasarse de curioso.

Pero, lejos de haber escarmentado con lo anterior, la palabra «curiosidad» me desemboca en otra duda atroz. Vamos a ver: ¿desde cuándo se dice en español «la curiosidad mató al gato? Sí, ya sé, la frase no es española, está traducida literalmente de «curiosity killed the cat» (que en principio era «care killed the cat», porque, como bien sabemos todos los humanos que convivimos con ellos, los gatos son cuidadosísimos en sus movimientos), pero ¿hasta qué punto se ha extendido entre nosotros? Internet que te crió, otra vez. Google me encuentra 866 casos de «la curiosidad mató al gato». Es poco. El dicho no está asentado en nuestra pura lengua. Aún tenemos salvación. Pero he vuelto a perder un buen pedazo de tiempo. Qué manía.

Y qué remedio: volvamos al trabajo. ¿Qué nos encontramos? Una sorpresa de tamaño mediano: **Johnny lived near Veterans Stadium with his wife and their youngest daughter in a vinyl-sided row house...** ¿Qué satanases es una casa adosada con los lados de vinilo? ¿Será que los norteamericanos aprovechan los antiguos discos viejos para forrar los edificios con ellos? Pues sí, más o menos. Allí se hacen muchas casas con estructura de madera, y una forma muy barata de proteger ésta es recubrir de vinilo los exteriores... Y, oh cielos, «vinilo» no está en el DRAE. Ahora sí que vamos a embarcarnos en una búsqueda complicada. O quizá... También existe la posibilidad de llamar por teléfono a mi amigo Fernando, que es arquitecto, y seguro que me lo explica. La llamada no sale demasiado larga y tiene éxito: quedo enterado de que lo llamado «vynil» por el señor Franzen es PVC en las costumbres de nuestros constructores.

De donde cabe deducir que un completo equipo de amigos especializados en distintas ramas del saber podría solucionarnos todos los problemas, a los traductores, sin necesidad de gastar nuestro tiempo en indagaciones interesantes, pero no facturables.

Y, de pronto, hale, volvemos al pasatiempo preferido del autor: una larga frase llena de ocurrencias lingüísticas no muy difíciles de inventar, pero figúrese usted para traducirlas: **From there Billy drifted into the radical underground scene in Philly—that Red Crescent of bomb-makers and Xeroxers and zinesters and punks and Bakuninites and minor vegan prophets and orgone-blanket manufacturers and women named Afrika and amateur Engels biographers and Red Army Brigade émigrés that stretched from Fishtown and Kensington in the north, over through Germantown and West Philly (where Mayor Goode had firebombed the good citizens of MOVE), and down into blighted Point Breeze.** Como mínimo, apunten ustedes todas estas dificultades necesitadas de investigación y, no lo neguemos, muy capaces de volvernos a disparar la curiosidad: **Philly, zinesters, vegan prophets, orgon-blanket, MOVE.** No está nada mal, para ocho líneas. Vayamos despacito. «Philly», evidentemente, es Filadelfia. ¿Corremos el riesgo de calcar «Fili»? Si no lo hacemos, el lector español quedará sin saber que la gente de Filadelfia emplea muchas veces ese cariñoso diminutivo para referirse a su ciudad. Pero no: «Fili» es demasiado ridículo en español. Quedémonos con el topónimo para personas mayores. ¿«Zinesters»? El típico *juego de palabras intraducible*, piensa uno: zine → fanzine, con la terminación *-ters*, hacedor de fanzines. (Consultado por otro de los traductores, resulta que el autor nos deja sin juego de palabras, porque *no es consciente* de que «zinester» se parece demasiado a «sinister» como para no evocar la asociación.) ¿«Vegan»? Lo resuelve el Webster en un santiamén: contracción de «vegetarian». ¿«Orgon-blanket»? Hombre, uno apenas recuerda las sesenteras lecturas de Wilhem Reich, pero la cosa tiene que ir por ahí. En efecto, una corta pesquisa nos dice que las orgánicas eran mantas con un recubrimiento de malla metálica, que servían para cazar los orgones y concentrarlos en el sujeto enmantado (no se moleste en buscarlo, se lo digo yo: «enmantar», ‘cubrir con una manta’, sí existe en castellano).

Ah, se me olvidaba: MOVE era un grupo revolucionario negro del que lo sé todo, porque perdí el tiempo, otra vez, investigándolo. Pero, como el autor no me permite hacer aclaraciones que él no haga a sus lectores, lo dejo tal cual, y santas pascuas.

Pregunta pertinente: ¿puede una traducción así traerle cuenta a un pobre traductor?

XLII

Viene a continuación una trampa para traductores apresurados o cansadísimos (no es, a mi entender, que el escritor las ponga conscientemente, pero en todo libro yace alguna). De pronto, un personaje utiliza la expresión «**attentive deficiency disorder**», que nos suena la mar de bien, porque no tenemos la cabeza muy afilada en ese momento, y procedemos a traducir con impecable precisión: «trastorno por déficit de atención» (sí, «trastorno», mejor que «desorden», sin duda alguna). Y seguimos adelante, y no volvemos a pensar en el asunto. Es un error que nunca habríamos descubierto, en sucesivos repasos, si no hubiera sido porque el traductor alemán anduvo un poco más espabilado al respecto y le hizo la pregunta al autor. ¡Dios santo! ¿Cómo ha podido pasársenos un detalle así? Fazio, personaje de no mucha ilustración, ha oído campanas y no sabe dónde, quizá por algún trastorno de la atención, y dice... ¿Qué dice, en español? No podemos calcar. ¿Vale «trastorno de atención deficiente»? Pongamos que vale. Pero hemos estado a punto de caer en la trampa y no salir. Loada sea la precisión germana.

Díganme ustedes, ahora, si no es perdonable el «error» siguiente. Dice Franzen: **It didn't occur to her that Don Armour's fundamental mode was self-pity and that he might, in his self-pity, have hit on many girls before her.** Traduce un servidor: «Tampoco se le pasó por la cabeza que la táctica fundamental de Don Armour era la autoconmiseración y que bien podía, con su autoconmiseración, haberse ligado a unas cuantas chicas antes que a ella.» Pero se mete por medio otro de los traductores y pregunta: «¿método de acercamiento o talante habitual?». Y el autor aclara: «Más bien talante habitual; es casi referencia a un término de la física o de la acústica: una de las frecuencias básicas a que resuena un objeto determinado». Tiene razón, el hombre, porque en internet encontramos: «Una cuerda de 70cm y masa 1,2g, fija en ambos extremos, vibra en su **modo fundamental** a 220 Hz. ... (2) Un alambre vibra en su **modo fundamental** a 400Hz.» Academia no recoge esta acepción. Reconozco, sin embargo, que la frase se habría entendido igual si hubiésemos traducido «tampoco se le pasó por la cabeza que el modo fundamental»...

Cape May, New Jersey, consisted of a core of overdecorated Victorians and fashionably shabby bungalows surrounded by new printed-circuit tracts of vile boom. No vi yo dificultad en este fragmento, quitada la necesidad en que me hallé de leerlo dos veces, una pérdida de tiempo como otra cualquiera, para un traductor que ya va lanzado hacia el final (es broma, es broma); pero los traductores a otras lenguas se despistaron con «printed-circuit» y hubieron de preguntar... ¿No es evidente que el plano de una urbanización moderna, más o menos indeseable, puede parecer un circuito impreso, si uno lo mira con ojos malignos? De modo que «Cape May, New Jersey, consistía en un núcleo de casas victorianas y bungalows elegantemente desvencijados, rodeado de un circuito impreso de asqueroso boom». (Observo, no sin alborozada sorpresa, que el corrector ortográfico de Word me cambia boom por Böhm. ¿A qué Böhm se referirá? ¿Algún amigo del señor Gates? ¿Karlheinz, el de *Sissi*? Estas máquinas...)

Here she found a tossed salad, a fruit salad, a platter of cleaned ears of corn, and a pan of (could it be?) pigs in blankets. Bueno... Un «cerdo en su manta» —«cerdito» nos quedará mejor, sin duda alguna— es un pincho de carne picada envuelto en col. Comprendo que les cueste creerlo, pero aquí tienen la receta, incluso, si les apetece: <http://tinyurl.com/3dwbt> (es a la variante número 3 a la que nos referimos aquí). No encontré modo español de denominar semejante exquisitez, pero cabe suponer que entre latinos norteamericanizados sí exista una designación más o menos convenida.

(Se me olvidaba: el autor, en su respuesta a uno de los traductores, que no acababa de ver claro lo de la manta y el cerdo, aporta su toque personal a la receta: hay que añadir una salsa de tomate ligerrita.)

Unas líneas antes de meterse entre las mantas con los cerditos, el autor nos ha hablado de la «**quinoa**», que un personaje prepara con mantequilla y azafrán. La palabra no está en el DRAE, pero debería estar: es el «Grano Madre» de los incas, que la cultivaban por encima de los 3.000 metros de altura, donde no es posible conseguir arroz. Los científicos la llaman *Chenopodium quinoa*. Aprovecho la botánica ocasión para subrayar, otra vez, el confort que internet ha añadido a nuestras azogadas existencias de traductores: sin la ayuda de los buscadores virtuales, habría tenido que buscar el término en alguna enciclopedia impresa, de esas que ahora venden con los periódicos, y vaya usted a saber si lo habría encontrado.

Estamos ahora en la parte de la novela protagonizada por una señorita cuyo principal orgullo, en esta desabrida existencia, es el cultivo (profesional) de las artes culinarias. Para qué contarles a ustedes los problemas de traducción que sus recetas y ocurrencias nos provocan, sobre todo porque nuestra cocinera es una súper moderna de los fogones, y no hay ingrediente exótico o insólito que ella no incluya en sus preparados. Aquí, es importantísimo que el traductor controle su curiosidad natural. Si el autor dice «white peaches», no nos pongamos a averiguar de qué se nos habla: traduzcamos «melocotones» blancos, tras haber comprobado que existen (en internet), y aquí paz y, en el cielo, gloria. La vida es demasiado corta.

(No tan corta, sin embargo, como para no señalar que «melocotón» es uno de estos términos —no demasiado abundantes, por fortuna— que obligan a enmendar las traducciones si van a publicarse en otros países de habla española. En varios de ellos, habrá que apelar a «durazno», aunque sea como aquel que se comía el cantante en el corrido mexicano: «de corazón colorado» —el que, según DRAE, se llama «melocotón romano» en el español de España.)

Y ahora, para aliviar un poco la tensión culinaria, acudamos al sexo bruto y duro, que también aparece en *The Corrections*, aunque nunca con la frecuencia que el lector saludable normalmente ansía. **She was haunted, just as she'd feared, by the afterimage of his dick. She felt gladder and gladder that she hadn't let him put it in her.** La frasecita no presenta la menor dificultad, a no ser que uno ignore hasta lo más elemental del vocabulario grosero en lengua inglesa. Si la traigo aquí, es para comentar la ocurrencia del traductor italiano, a quien no gustaba poco ni mucho la traducción literal de «she hadn't let him put in her» (no le había permitido metérsela) y propone «farglielo assaggiare» (hacérselo probar), que, según él, añade al texto un toque culinario la mar de *ad hoc*. El autor aprobó la moción con entusiasmo. Ya ven ustedes, pues, hasta qué extremos puede llegar la creatividad de los traductores, cuando nos ponemos a ello.

[W]edges of pear, strips of homemade mortadella, elderberry sorbet in a doll-size bowl of elderberry soup, lamb meat ravioli Xed with mint-charged olive oil, cubes of fried polenta. Por poquito inglés que sepamos, las dificultades son aquí de concepto, más que de palabras. Está, ciertamente, el verbo **to X**, que puede despistar a cualquiera (de hecho, uno de los traductores pensó que **Xed** era la marca de los raviolis), pero que nos revela su sentido a nada que lo pensemos un poco: se trata de raviolis señalados con una equis; y esa equis está hecha de... Ahora viene lo peor: con aceite de oliva cargado de menta. ¿Qué hace un traductor totalmente desprovisto de conocimientos culinarios, como este servidor de ustedes, ante semejante información? ¿Se puede *cargar* de menta el aceite de oliva? ¿No da asco pensarlo? ¿Hay que traducir «menta», o «hierbabuena»? ¿Cómo quedarán los taquitos de polenta frita con raviolis «santificados» (quizá estemos llevando el efecto de la cruz demasiado lejos) al aceite etcétera? Total: «raviolis de cordero con una cruz de aceite de oliva cargado de menta». Otra cosa sería heroísmo.

XLVI

Hay un refrán sefardí que estos oídos han oído, todavía retozón y pronunciable, en el Tánger de la infancia y la adolescencia: «¿Quién alaba a la novia coxa? Su madre la tullida» (es texto cantáble con las inflexiones de la jaquetía; la *elle* de «tullida» se pronuncia a la bonaerense, pero sin exagerar, che).

No seré yo, madre tullida de esta traducción, quien la alabe, sin embargo. Pusiéronla bien, y hasta muy bien, los pocos críticos que en sus reseñas la mencionaron, y dejáronla en buen sitio quienes, sin mencionarla, alabaron la «extraordinaria riqueza de lenguaje» de *Las correcciones* (que, claro, tanto o más pertenece al traductor que al escribano original). Pero lo más frecuente es que los críticos no hayan leído dos veces el libro, o séase: que sólo hayan leído el original o sólo la traducción; y, por consiguiente, no es que ningunoen la traducción, como tanto denuncia la trujamanería andante (para coche no da este oficio), sino, sencillamente, que, preguntados, poco podrían decir de ella con verdad.

Quienes realmente conocen el valor de una traducción son los pocos individuos que se han leído el original, que conocen la versión al otro idioma y que, encima, *tienen criterio demostrado*. García Gual hablando de una nueva versión española de la *Iliada*, pongamos por caso. No sé si, aparte del neoyorquino Eduardo Calvo y un servidor de ustedes y Elena Ramírez (su editora), habrá alguna criaturita humana que se haya leído *The Corrections* y *Las correcciones*, de modo que me van a permitir que pase muchísimo de la opinión ajena sobre mi traducción de esta novela y exprese la mía con rotundidad: *non vale un tiesto foradado*, que diría el Arcipreste.

No, en serio, no vale gran cosa. Tiene el mérito de la buena voluntad y del esfuerzo, rayano a veces en la cabezonería; pero, ya conocen ustedes la vieja máxima sabia: «lo que no puede ser no puede ser, y además es imposible».

Traducir bien *The Corrections* es imposible.

Traducir bien *The Corrections* es imposible por acumulación de dificultades insalvables. Vamos a dedicar los últimos artículos de este ya largo diario de una traducción a repasarlas, como última lección de una experiencia que está bien para haberla vivido, pero que uno preferiría no añadirse otra vez al currículo.

Primera dificultad insalvable. Cuando una editorial decide publicar un libro tan exitosísimo en origen como *The Corrections* no sólo tiene que pagar un buen adelanto, sino que ha de negociar con el autor y demás derechohabientes como si estuviese comprando el birlibirloque original de Midas (lo cual, a la hora de la verdad, puede no ser cierto; de hecho *no resultó cierto*, en el caso de *The Corrections*: el éxito europeo fue mucho más de prestigio que de gruesas ventas). Una de las concesiones que hubieron de hacer las editoriales europeas en este caso concreto consistió en aceptar la coordinación del lanzamiento; y ello implica casi siempre, para todos los afectados menos el que más manda, un acortamiento del tiempo disponible para el trabajo de traducción. Servidor de ustedes tuvo que traducir *The Corrections* a uña de caballo, cuadrupedantemente, como quien dice, sin tiempo para asimilar bien los problemas del texto y poner en adobo las soluciones.

¿Culpa? De nadie. Así es la vida.

Segunda dificultad insalvable. El señor Franzen tenía su carrera literaria perdida cuando se puso a escribir *The Corrections*: sus libros anteriores habían gozado de críticas más o menos positivas, pero no habían superado los mínimos comerciales que permiten sobrevivir en un mercado como el editorial. De modo que decidió echar el resto en su nueva novela, y lo echó con feroz entusiasmo: ahí va todo lo que sé y todo lo que puedo pretender que sé (porque para eso están las enciclopedias y los opúsculos especializados). Medicina, comercio, finanzas, física, economía, sociología, química, ingeniería, cocina, publicidad, márquetin, moda, marroquinería, juguetes, frutos tropicales, automóviles, con un etcétera nada corto, todo ello investigado más o menos a fondo o, por lo menos, todo ello expresado en su jerga correspondiente.

Segunda «dificultad insalvable».

Buena parte de este revolcadero lingüístico es intraducible, porque la jerga *ad hoc* no se ha desarrollado igual en español. El traductor se encuentra una y otra vez con el mismo problema: *sabe* lo que el autor quiere decir, pero no puede expresarlo igual, con la misma eficacia; tiene que explicar. Un bono emitido por una autoridad municipal, que deja poco rendimiento pero es muy seguro, y que compran los pusilánimes financieros, puede explicarse, pero no

nombrarse en español. Afortunadamente para la traducción, lo cierto es a) que el vocabulario especial se queda, casi siempre, en pura lentejuela literaria, casi enteramente prescindible; b) que, incluso, en algún momento el texto gana cuando de él se eliminan, por necesidad, determinados «chistes» o asociaciones basadas en términos profesionales y pelín traídas por los pelos en el original.

Pero, ojo: que una traducción pueda funcionar mejor que el original en determinados pasajes no significa que sea buena, sino aún más traidora de lo habitual.

Tercera dificultad insalvable. Una de las muchas y variadas catástrofes sociales, económicas, culturales, etc., que hoy en día vivimos no tiene nombre, porque nadie la ha estudiado aún con el necesario detalle, pero podríamos denominarla «pérdida casi total de las referencias comunes».

Hablo de la comunicación «por alusiones» que venimos practicando desde los principios de la raza humana (es decir de la lengua). Su máximo ejemplo de eficacia está en aquel metachiste que corrió, en tiempos, hasta por el *Selecciones del Reader's Digest*: ese grupo de gente que se conoce tanto, y tan bien, que para contarse chistes sólo tiene que cantar el número. ¡El siete! Y todos se despepitan de la risa, menos los dos o tres a quienes no les hace ninguna gracia esa cifra concreta.

Tercera dificultad insalvable. Eso, señoras y señores, *c'est fini*. Hemos perdido o estamos perdiendo sin que nadie pueda evitarlo las referencias tradicionales de la cultura occidental. Ya *casi* no podemos abreviar nuestra comunicación mediante los lugares comunes de la religión, la mitología, la literatura, las artes. Persisten algunas referencias (no sé: Adán y Eva, el caballo de Troya, Salomón, Júpiter, Venus, don Quijote, don Juan), pero la mayoría se han trocado en misterios insondables para la gente de nuestra época, cuando no remiten al cine o la publicidad. Por ejemplo: Correcaminos es mucho más rápido que Mercurio, dónde va a parar.

Lo malo de todo sistema de referencias en proceso de creación es que nadie sabe cuánto van a durar los elementos que nos propone. Las gracias publicitarias son como triquitraques y casi ninguna queda. Las gracias cinematográficas persisten algo más («nadie es perfecto», «siempre nos quedará París»), pero tampoco son fiables al cien por cien. Y, ahora, internet consume cincuenta mil tópicos a la semana sin pestañear.

The Corrections está repleto de referencias postuladas que no sólo son provisionales, sino también *locales* norteamericanas. Por ejemplo: el lector debe entender que un personaje abunda en horterío porque compra los muebles en tal sitio (una tienda de la que no hemos oído hablar por nuestros pagos, por supuesto). Y ¿qué puede

hacer el traductor? No mucho, porque ha de someterse a una decisión *totalmente equivocada* del autor: como ya contamos en los primeros artículos de esta serie, nada puede explicarse que él no explique.

En fin. El resultado de todo esto es, en mi interior, una extraña combinación de sentimientos. Por un lado, se queda uno frustradísimo, porque las condiciones no le han permitido disfrutar de la traducción y —perdóneseme la arrogancia, creo que justificable, en este caso— «lucirse» con ella; por otro lado, está uno orgulloso de haber superado parcialmente la imposibilidad, para ofrecer al lector de lengua española un reflejo «aceptable» de *The Corrections*.

Termino con una «nueva» referencia cultural:

That's all, folks!

© Ramón Buenaventura e Instituto Cervantes.

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier soporte.
http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/abril_04/29042004.htm